

Un insólito escritor peruano, Adán Felipe Mejía, resurge en libro de Manuel Pantigoso. La imagen física de Mejía aparece en la página de enfrente y en la caricatura que cierra estas líneas, debidas al genial Joel Marroquín, que emigró muy joven y radicó y murió en México. "El Corregidor" Mejía, así llamado por su implacable cacería de gazapos, era tan audaz que hasta escribió un prólogo para "Escalas Melografiadas" de César Vallejo, quien no lo insertó por demasiado atrevido. Mejía era jocundo, castizo y popular.

Escribe CESAR LEVANO

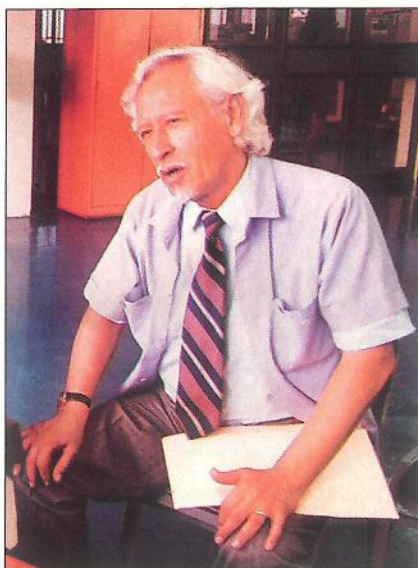
ADÁN Felipe Mejía Herrera "El Corregidor" fue un hombre de letras que se salió del plato. Lo confirma el poeta Manuel Pantigoso en su libro *El paladar en la palabra* dedicado a este personaje que fue en Lima contertulio predilecto de César Vallejo, Percy Gibson, Augusto Aguirre Morales y los hermanos Gonzalo y Ernesto More.

Este último nos contó alguna vez que, allá por 1918, El Corregidor le hablaba a Vallejo sobre la dialéctica de Hegel, cuestión en la que había sido áleccionado por su tío Rodrigo Nicolás Herrera, jurista y filósofo, como lo recuerda Pantigoso.

Pantigoso demuestra en estas páginas que, como miembro real de la Academia de la Lengua, sabe paladear las palabras y, a través de éstas, penetrar en los secretos de ese ser extraordinario y casi desconocido que fue "El Corregidor" Mejía.

Vida rica en aventuras, risas y peligros, la de Mejía. Su primer tropezón ocurrió en 1915, cuando tenía 18 años y, junto con varios condiscípulos del Colegio La Inmaculada, publicó en juvenil revista, Iris, un soneto de Francisco de Villaspesa, que el propio Corregidor calificaría después de "altamente escatológico, pecaminoso y lascivo".

Gran gozador este Mejía. Tuve la suerte de conocerlo y siempre tuve la impresión de que era una especie de Rabelais peruano, por su enraizamiento en los usos populares, en el cultivo del buen trago, el yantar sabroso y la ancha sátira. Era carnavalesco en el sentido descubierto por Mijail Bajtin; es decir, enraizado en la fiesta, la risa y el uso popular. Hacía yo mis pinitos de corrector de pruebas, que fue mi manera de meterme en el periodismo por la ventana, y llegaba a las siete de la mañana a una imprenta que quedaba en el jirón Luna Pizarro de La Victoria. Allí, bajo la claridad de enorme claraboya, encontraba a un grupo de escritores y periodistas amantes



Pantigoso, poeta y académico, autor del libro.

Carnavalesco, en el sentido de Mijail Bajtin; es decir, enraizado en la fiesta, la risa y el uso popular, era Mejía.

del buen pisco. En el centro estaba, grande y robusto, con su sombrero de alas anchas, El Corregidor. Lástima que entonces no se hubiera inventado el grabador, y que yo no lo hubiera podido adquirir aunque estuviera inventado. La frase novedosa, sazónada con arcaísmos jugosos, y sobre todo la gran risa, la enorme risa de El Corregidor huyeron hacia la memoria.

Felizmente, allí está el testimonio escrito del personaje, en su libro sobre *La cocina peruana*, cuya lectura deberían recomendar los médicos para toda clase de desabridos e inapetentes. Ernesto More ha escrito sobre la teoría y la práctica de aquellos compadres: "almorzábamos como romanos, como si presintiéramos lo que iba a pasar en el Perú en materia de víveres".

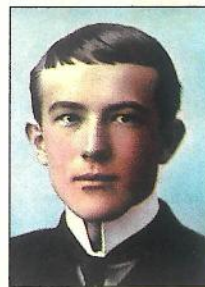
Vallejo había encargado a Adán Fe-

lipe Mejía un prólogo para su libro de cuentos *Escalas melografiadas*. Lo testimonia José Diez Canseco, quien recuerda también que el texto no se publicó porque asestaba garbosos y mortales estocadas contra algunas glorias de la aldea local.

No fue la única censura poética que padeció Mejía. En el diario El Tiempo creó una sección de Exhumaciones, que son joyas de prosa. He aquí un fragmento de su retrato de Vallejo:

"Erguido el cuerpo magro, sostiene la terracota de una cabeza fuerte. Bajo la tupida cabellera lacia, un doble rostro de indio, trazado a cuatro trazos poderosos por la mano segura de un alfarero artista. Un gran frontal a todo lo ancho, una nariz famosa y un gran mentón potente."

"Exteriormente, Percy Gibson da la impresión perfecta de un pastor anglicano", escribe sobre el poeta arequipeño.



Vallejo y Gibson, amigos de "El Corregidor".

"Vestido, por lo pronto, de riguroso luto; tocada la cabeza, de cabello tabaco, con chapeo de paño; algo místicamente arqueado el dorso, enjuto el cuerpo, largo el rostro encendido y sajón, la nariz afilada y los ojillos, claros, completamente chuzos, pero llenos de una luminosidad maliciosa y cazarra, que desmiente todo su porte inglés, para asomar su agudeza fina de criollo arequipeño y serrano dilecto."

Las anécdotas agregan pimienta a estos retratos. Por ejemplo, la de Vallejo cuando anunció a colegas profesores que lo tenían por loco, que pensaba volverse rico con un invento genial:

sembrar arroz con pato. O cuando Gibson desafió a un supuesto trompeador limeño a un torneo de bole-ro. Los poetas tienen filo en el ingenio. El Corregidor Mejía era un poeta atado al periodismo, atado -Vallejo *dixit*- por la pata al gran tintero. Era periodista y tenía que alimentar a diez personas.

